Louis Combet, maestro de paremiólogos

JULIA SEVILLA MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid

En este número, vamos a entrevistar a Louis Combet, un reputado hispanista francés que inició su labor investigadora con los refranes castellanos.

Nacido el 23 de abril de 1927 en el sur de Francia, concretamente en Aspiran (Hérault), su vida gira en torno a la enseñanza y, en especial, al aprendizaje y enseñanza de la lengua y cultura españolas. Hoy día es Catedrático en la Universidad de Lumière-Lyon 2. La mayoría de sus numerosos trabajos versan sobre la obra de Cervantes. Como botón de muestra citemos su excelente libro *Cervantès ou les incertitudes du désir. Une approche psycho-structurale de l'oeuvre de Cervantès* (Lyon: Presses Universitaires de Lyon, 1980).

Su fama como paremiólogo se debe principalmente a su vinculación a la obra de Gonzalo Correas titulada *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, uno de los refraneros más valiosos de la Paremiología castellana. Escrito en 1627, este repertorio cayó en el olvido durante más de un siglo. En 1780, la Real Academia Española mandó hacer una copia con el fin de utilizarla en la elaboración de la segunda edición de su *Diccionario*. Habrá que esperar a 1906 para que esa copia salga a la luz, pues el manuscrito se consideraba perdido. En 1924, lo reimprimió la Real Academia y, muy recientemente, en 1992, lo ha hecho la editorial Visor, ateniéndose a los criterios de presentación de la edición de 1924. Louis Combet fue quien tuvo la ocasión de disponer del manuscrito original.

Paremia.- Muchos estudiosos de los refranes se preguntan ¿cómo y cuándo tuvo lugar el feliz hallazgo del manuscrito de Correas?

Louis Combet.- En octubre de 1961, acababa de conseguir una plaza de Ayudante en lengua española en la Facultad de Letras de Grenoble. Enseguida pensé en inscribir el tema de la Tesis Doctoral; proyecto que comuniqué al Profesor Robert Jammes, quien enseñaba también en Grenoble y a cuyas clases de español había asistido, unos años antes, en la Facultad de Letras de Montpellier. Como no nos poníamos de acuerdo sobre un tema de literatura, le sugerí realizar un trabajo acerca de los refranes. Aceptó esta idea de buena gana, pues él había escrito un artículo acerca del anticlericalismo en el refranero español. Fue él quien, desde el principio, me indicó la existencia de lo que creía que podía ser el ms. original del *Vocabulario de refranes* de Correas, supuestamente perdido desde principios del siglo XIX, pero que se encontraba en la Biblioteca Nacional de Madrid. Fui a Madrid para comprobarlo y, efectivamente, hallé sin problemas dicho manuscrito: estaba en un estante y cualquiera podía consultarlo. Lo abrí y comprendí la importancia del hallazgo; pues, sin siquiera examinar a fondo el contenido, me di cuenta de que, en algunos puntos, difería considerablemente del de las ediciones de 1906 y de 1924.

Paremia.- ¿En qué estado se encontraba el manuscrito?

Louis Combet.- El ms. estaba en muy buen estado. Tenía 1001 páginas y había sido encuadernado de nuevo, probablemente en el siglo XVIII o a principios del XIX. Era totalmente legible la escri-

tura del copista; la única dificultad estaba en los añadidos y correcciones que el propio Correas había hecho con su puño y letra. La letra de Correas, inconfundible, no resultaba fácil de descifrar. Además, la tinta estaba corrida, lo que dificultaba el reconocimiento de ciertas letras; pero logré descifrar la casi totalidad de estos añadidos. Más grave aún era la desaparición de algunas páginas -una docena, a partir de la página 485. Más tarde, las reconstruí, en la medida de lo posible, a partir de las principales fuentes escritas utilizadas por Correas. Aparte de este hecho, pude constatar que, en algunos *refranes* y, sobre todo, en algunas frases proverbiales, el copista del siglo XVIII, quien había transcrito el texto con vistas a la edición del *Diccionario de Autoridades*, no siempre había respetado el texto que tenía ante sus ojos, en particular lo que concierne a las explicaciones de Correas. Todo esto lo explico en el prólogo a mi edición de 1967.

Paremia.- ¿Su interés por la Paremiología surgió a raíz de ese hallazgo o es anterior?
Louis Combet.- Este descubrimiento confirmó un interés que había tenido bastante antes. Crecí en un pueblecito del sur de Francia y mis padres, como todos los campesinos, conocían muchos refranes, no sólo refranes meteorológicos. Me agradaba bastante escucharles citar algunos, pero nunca imaginé que un día escribiría libros al respecto. Creo que estos recuerdos de la niñez me animaron, con motivo de mi primer viaje a España (en 1950 o 1951), a comprar el *Vocabulario de refranes* (la edición de 1924), que me llevé a Francia y que leí con enorme interés. Quince años más tarde, la utilizaría para presentar una nueva edición.

Paremia.- Usted efectuó esa reedición en 1967 (Burdeos: Institut d'études ibériques et ibéro-américaines de la Universidad de Burdeos), respetando el criterio fonético seguido por Correas, y con el que trata de reflejar el habla de aquel tiempo a través de la grafía, como muestran estos ejemplos:

> *El alfaite de la enkruxikada, ke ponía el hilo de su kasa.*
> *Poko dinero, poka salud*
> *Akel es rriko ke tiene amigos.*

¿Qué razones le llevaron a respetar este orden fonético?
Louis Combet.- Existen varias razones. Citaré las tres principales. La primera es de orden práctico. Modernizar la ortografía y el orden alfabético son soluciones que, junto a innegables ventajas, presentan numerosos inconvenientes en la distribución de los refranes (tanto más cuanto que, para Correas, la unidad en lo que se refiere al orden alfabético no se basa en la letra sino en la *palabra*). Uno puede darse cuenta de ello consultando las ediciones del *Vocabulario de refranes* que han seguido este método con el objeto de facilitar su consulta. En el prólogo de su edición al *Arte nuevo de la lengua española castellana* de Correas, E. Alarcos Llorach observa: "En la primera edición (del *Voc. de refranes*) (Madrid, 1906) se respeta el orden alfabético -a, e, i, o, u, r, l, n, s, z, x, d, f, g, b, k, p, t, v, m, rr, ch, ll, ñ, h- seguido por Correas; pero, en cambio, se prescinde de su ortografía y se adopta la de la Academia. Y en la segunda (Madrid, 1924), no sólo se abandona el sistema gráfico del ms., sino también el 'caprichoso orden alfabético', que es sustituido por el abecedario tradicional. Con ello, tal vez resulte, como pretende el académico editor, 'considerablemente facilitado el manejo de la obra', pero, como él mismo reconoce, la innovación ocasiona anomalías en las referencias del texto a pasajes del mismo que preceden o siguen".

La segunda razón es de orden lingüístico, más concretamente, afecta a la fonética y a la fonología. Mucho antes que Saussure, Correas había comprendido (y expresado a su manera) la distinción, hoy clásica, entre *sonido* y *fonema*, y ya consideraba que las letras del alfabeto deben tener por función representar los segundos de la forma más exacta posible; de ahí su preocupación por modernizar la ortografía en vigor en la época, eliminando las grafías que estimaba demasiado complicadas, incluso si se podía alegar a su favor la autoridad de la etimología o de la tradición cultural. Un ejemplo entre otros: la consonante velar sorda transcrita comúnmente por C (ante *a, o, u*) y QU (ante *e, i*) será K en su alfabeto. Y esta visión "científica" de la lengua será la que animará a Correas a modificar igualmente el orden alfabético tradicional, que considera del todo arbitrario. En su nuevo alfabeto, Correas separa las vocales de las consonantes, y, en cada uno de

estos dos grupos, las letras (fonemas) están clasificadas según un criterio lingüístico preciso: las vocales de acuerdo con su grado de abertura (*a, e, i, o, u*); las consonantes, conforme a una distribución que distingue las *finales* (las que pueden estar al final de una palabra) (*d, l, n, r, s, x, z*) y las iniciales (las que pueden estar en el inicio de la palabra o de la sílaba, pero nunca en posición final). Por otra parte, algunas de las letras de estos dos grupos podrán formar a su vez subgrupos, según su entorno consonántico, y aparecerán agrupadas en el alfabeto; en estas distribuciones, Correas muestra con frecuencia seguridad en la descripción de lo que se llama hoy los rasgos pertinentes de los diversos fonemas. Ciertamente, no todo es irreprochable en estas tentativas, por lo que merecen que se las tenga en cuenta.

Pasemos, a continuación, a la tercera razón, quizás la más importante: la que se refiere al aspecto sociocultural de las reformas ortográficas de Correas. En efecto, el *Vocabulario de refranes* se inscribe dentro de una Historia (la del siglo XVI) y una Cultura (el Humanismo). Correas forma parte de una corriente "modernista", en reacción contra los saberes revelados o impuestos (la escolástica, el catolicismo tradicional) y que intenta rehabilitar otra herencia, en particular el saber popular, esta "filosofía vulgar" diseminada por las enseñanzas de lo que ahora se llama folclore. El refranero está en el centro de este saber, que, en su origen era enteramente oral pero que era preciso fijar de forma definitiva en la lengua escrita con la esperanza de hacerla completamente transmisible. Ahora bien, como la ortografía de la época dificultaba muchas veces la comprensión para las gentes poco instruidas, algunos espíritus ilustrados del siglo XVI pensaron que había que simplificarla al máximo. De ahí el "fonetismo" de Correas, teorizado en sus obras mayores (en especial, el *Arte de la lengua española castellana*) y que pone en práctica en el *Vocabulario de refranes*. Sin embargo, cabe hacer una observación: no se debe pensar que Correas era un "progresista" en el sentido moderno del término, y mucho menos un librepensador. Sin duda era un buen cristiano, y su deseo de difundir y de poner al alcance de todos la lengua vulgar estaba encaminados en lo que se refiere al aspecto religioso, a facilitar el acceso a los textos sagrados (y en particular la Biblia).

Paremia.- La colección de Correas constituirá el núcleo de su Tesis Doctoral, *Recherches sur le "refranero" castillan* (Les Belles Lettres, Paris, 1971. Bibliothèque de la Faculté des Lettres de Lyon, XXIX). Estamos ante un magnífico y riguroso estudio sobre los refranes castellanos realizado desde tres acercamientos: lingüístico (conceptual), histórico y sociológico. Este trabajo constituye para muchos paremiólogos un texto fundamental y la base de sus investigaciones.

En la primera parte, usted se enfrenta a uno de los principales problemas paremiológicos: la definición del refrán y de los términos afines; cuestión que ya había abordado en otra de sus obras, *Español idiomático. Refranes españoles* (1967, Privat, Toulouse/Didier, Paris), donde afirma que el refrán es una "phrase brève, propre à dispenser et à transmettre un enseignement d'ordre pratique ou moral, exprimée sous une forme indirecte (métaphorique et imagée) et poétique (éléments de rythme et de sonorités plus ou moins complets)" ["frase breve, dispuesta para dar y transmitir una enseñanza de orden práctico o moral, expresada bajo forma indirecta (metafórica o con figuras) y poética (elementos de ritmo y de sonoridades más o menos completos)"]. Usted remodelará esta definición en *Recherches sur le "refranero" castillan* de la forma siguiente: "une phrase indépendante anonyme et notoire qui, sous forme elliptique, directe ou de préférence figurée, exprime poétiquement un enseignement ou un avis d'ordre moral ou pratique" ["una frase independiente anónima y célebre que, bajo forma elíptica, directa o preferentemente figurada, expresa de modo poético una enseñanza o una opinión de orden moral o práctico"]. Con el adverbio "poétiquement", alude a los elementos rítmicos y sonoros de la primera definición y precisamente esos elementos son los que -según usted- constituyen el alma del refrán. ¿Añadiría hoy día algún rasgo más a la definición que del refrán da en su Tesis Doctoral?

Louis Combet.- Creo que mi definición en *Recherches sur le "refranero" castillan* expresa lo que considero la esencia del refrán. Pero quizás el adverbio "poétiquement" no sea lo suficientemente explícito. Me refiero evidentemente a los elementos fónicos y prosódicos (sonoridad, paralelismos, oposiciones, pero también autonomía, brevedad, expresión figurada, etc.), propios de los refranes y que éstos comparten con el primer lenguaje oral estéticamente elaborado del hombre, que es, probablemente, la poesía (en su relación orgánica con lo sagrado). Pero, para mantenernos en un nivel más a ras de tierra, digamos que dichos elementos prosódicos favorecían también la memori-

zación en grupos humanos que, la mayoría de las veces, ignoraban la escritura o no sabían leer. En los orígenes, en las grandes ocasiones de la vida, el ritmo y la rima venían en ayuda de la comunicación.

Paremia.- En esa misma obra, usted indica que el refrán se distingue del proverbio por designar un complejo lingüístico-cultural más familiar y popular. Pero, ¿cree usted que se pueden establecer diferencias entre estas dos fórmulas sapienciales y el adagio?
Louis Combet.- Antes de contestar a esta pregunta, quisiera hacer una aclaración previa. Efectivamente, hubo un tiempo en que traté de establecer una diferencia entre el refrán y el proverbio. Me parecía entonces que el refrán era un enunciado sentencioso de forma más o menos invariable, con ciertos elementos de ritmo, consonancia o asonancia, y de expresión figurada ("El hábito no hace al monje"); mientras que el proverbio, también de forma fija y provista las más de las veces de los mismos elementos rítmicos y fónicos, se distinguía del refrán por el hecho de expresarse en forma directa ("Lo cortés no quita lo valiente"). Por eso, se me figuró que el refrán debía ser más "familiar" y "popular" que el proverbio; y que éste se situaría más bien del lado de las máximas, sentencias, aforismos y "pensamientos". Y de hecho, algunos lexicógrafos modernos establecen tal distinción (por ejemplo, María Moliner). Sin embargo, si se presta atención al uso lingüístico común del español moderno, se nota que, por lo menos en España, los usuarios de la lengua no parecen distinguir las dos palabras. Y tampoco las distinguían claramente los lexicógrafos y paremiólogos antiguos. Para Sebastián Covarrubias, "*proverbio* es lo que llamamos refrán". Hernán Núñez recopila sus *Refranes o proverbios en romance* en 1555. Y un siglo más tarde, Gonzalo Correas compone su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), y usa únicamente el vocablo refranes en sus obras teóricas.

Volvamos ahora al adagio. Siempre me ha parecido difícil especificar la significación de este término. Los diccionarios hacen de él, según los casos, un sinónimo de refrán, proverbio, sentencia o máxima. La existencia de esta retahíla paradigmática sugiere la dificultad de definir claramente el adagio. He tratado, con poco éxito, de esclarecer el problema planteado por esta clase de paremias en mi Tesis de 1971 (para más detalles, remito a la Tesis de Julia Sevilla Muñoz, de 1987). Lo que hoy me parece indiscutible es que, en español, el adagio se puede caracterizar por su afinidad con otras paremias breves, notorias y de expresión directa, como las máximas, las sentencias y, sobre todo, los refranes desprovistos de elementos metafóricos (aquellos que llamé proverbios en mi Tesis); sin embargo, desde un punto de vista puramente lingüístico, ello no justifica el uso (redundante) del término adagio para designar a esos enunciados sentenciosos, y menos aún si tomamos en consideración el hecho de que algunos hispanohablantes, y también no pocos lexicógrafos y paremiólogos, emplean esta palabra en vez de *refrán*. De hecho, estas confusiones vienen de lejos y se explican sin duda por el prestigio de un libro que, desde el comienzo del siglo XVI, ha servido de referencia a los trabajos de los paremiólogos: me refiero, por supuesto, a las *Adagiorum chiliades* de Erasmo, que popularizaron el latinismo *adagium* en la Europa culta de entonces. Pero se sabe que, en su compilación, Erasmo recogió en tanto que adagios un maremágnum de expresiones entre las cuales figuran, al lado de enunciados de claro contenido gnómico, muchas locuciones, frases hechas, expresiones metafóricas, comparaciones y palabras raras o pintorescas que nada o muy poco tienen que ver con la sabiduría popular o la "filosofía vulgar". De modo que, siglo tras siglo, el prurito de imitación hizo que se aplicara sin mucho criterio el cultismo adagio a toda clase de paremias ya conocidas bajo otra denominación. En consecuencia, quizá haya que conceder únicamente un valor histórico a ese vocablo renacentista que, si bien puede tener su utilidad en el campo científico o jurídico, no puede considerarse como un exacto sinónimo de la palabra refrán.

Paremia.- Otro importante problema de delimitación conceptual, lo presentan la sentencia y la máxima. ¿Cómo se podría delimitar el campo de aplicación de la máxima y de la sentencia?
Louis Combet.- En primer lugar, diría que considero sinónimas estas dos voces. En cuanto a su sitio en la literatura sentenciosa, se colocan, por una parte, entre los proverbios y refranes y, por otra, lo que se denomina en francés *pensées* o *réflexions* (que son ya pequeños textos filosóficos de mayor o menor amplitud). En todos estos casos, se trata de proporcionar una enseñanza u opinión, y, desde este punto de vista (el del contenido), las máximas o sentencias se encuentran más bien

junto a los *pensamientos*, en la medida en que su ámbito estricto es lo *moral* (a diferencia de los proverbios y los refranes que pueden ser igualmente morales pero también, a veces, prácticos, instrumentales, meteorológicos, agrícolas, etc.). No obstante, si pasamos ahora al plano de la expresión, se observa que las sentencias -las cuales, si bien son de expresión directa, *poseen siempre elementos prosódicos característicos* (binariedad, oposiciones, paralelismos, etc.)- se aproximan más bien a los proverbios tal como los definí en *Refranes españoles* (1967) y *Recherches sur le "refranero" castillan* (1971). En cambio, se alejan del refrán porque ignoran por lo general la rima y la asonancia. La sentencia es, pues, un refrán moral un poco más "literario" y "culto", un poco más "filosófico". Es la forma aristocrática de la estructura sentenciosa: su destino es el *cortesano*, en el sentido clásico del término, mientras que los *proverbios*, y, más aún, los refranes son más "populares". Se hablará, pues, de los refranes "del pueblo" (o "antiguos", "viejos", "que dicen las viejas tras el fuego"), pero se dirá: las *Sentencias y máximas morales* de La Rochefoucauld, y los *Pensamientos* de Pascal.

Paremia.- A diferencia de otros investigadores, usted adjudica a la frase proverbial una función ético-pedagógica, con lo que la equipara al refrán. ¿Considera usted que la frase proverbial es un tipo de refrán o, por el contrario, que estamos ante otro enunciado sentencioso?
Louis Combet.- Para mí, la "frase proverbial" no tiene una función diferente de la de los *refranes* y los proverbios. Pese a ciertas apariencias, siempre sirve para enseñar y moralizar; pero lo realiza de forma menos directa. En efecto, más aún que para los refranes, se puede considerar la frase proverbial como una fábula abreviada: constituye la esencia de un cuadro o de una historia a través de los cuales se sugiere una lección, una enseñanza. La frase proverbial carece de la autonomía propia de los *refranes* o de los proverbios: necesita ser presentada de modo más o menos explícito con fórmulas de tipo restrictivo o prohibitivo, como "(*No hay que* o *No se debe*)...": "(No hay que) empezar la casa por el tejado".

Paremia.- Siguiendo con la frase proverbial y basándonos en los ejemplos que usted cita de Correas, usted distingue tres categorías principales:

- La frase proverbial descriptiva: *El ánsar de Kantinpalos, ke salió al lobo al kamino.*
- La frase proverbial hablada:
  a) Monólogo: *Hágome bovo i komo de todo.*
  b) Diálogo: *Poko sabéis, Alonso. - Menos sabéis vos, Mari Garzía.*
- El wellerismo: *"Entre bovos anda el xuego". I eran todos fulleros.*

A la vista de estos ejemplos, ¿no se podría afirmar que las dos últimas categorías podrían responder, dada su complejidad formal y de contenido, a fenómenos lingüísticos distintos de la frase proverbial?
Louis Combet.- Creo haber respondido a estas cuestiones en la pregunta anterior. Estoy de acuerdo en que se aluda a la "complejidad formal" de las frases proverbiales; pero no veo en qué sería más "complejo" el contenido de las frases proverbiales que el de los refranes y los proverbios. Lo que constituye la originalidad de las frases proverbiales es que, por su falta de autonomía y por la ausencia o la escasez de elementos prosódicos, se aproximan (sin entrar del todo) al género narrativo, a diferencia de los refranes, que se sitúan más bien en el plano de la poesía o, si se prefiere, de la profecía.

Paremia.- En la segunda y la cuarta parte de esta misma obra, usted realiza un estudio diacrónico de los refraneros castellanos, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XX; recorrido que le permite trazar una línea ascendente que lleva al refrán a su apogeo con Correas, tras lo que inicia su declive hasta llegar a la renovación de los estudios paremiológicos a partir del siglo XIX. Usted finaliza ese recorrido con un escogido ramillete de autoridades en la materia: José Mª Sbarbi, Francisco Rodríguez Marín, Julio Cejador, Luis Martínez Kleiser y Eleanor O'Kane. ¿Qué opinión le merecen las aportaciones que están realizado los paremiólogos desde mediados del siglo XX, en particular en el ámbito español y francés?

Louis Combet.- Se trata de una pregunta un tanto embarazosa para mí, porque me cuento dentro de esos investigadores. Me alegra ver que los paremiólogos de hoy siguen el camino de sus predecesores, al recopilar el mayor número posible de refranes y, ocasionalmente, al descifrar la o las significaciones. Falta todavía mucho por recoger en los refraneros inéditos (aún existen muchos) y en las regiones y los pueblos no afectados del todo por la modernización. Pero creo también que la Paremiología moderna debería procurar sobrepasar la fase de la recopilación o de la mera interpretación ingenua.

Paremia.- ¿Qué aspectos paremiológicos considera usted que requieren una detallada investigación?
Louis Combet.- Queda y quedará aún por mucho tiempo bastante que investigar sobre los refranes. Además de recopilarlos y, a veces, esclarecer sus puntos oscuros, sería muy interesante estudiar la "difusión" de los refranes y de otras categorías paremiológicas. Algunos de los artículos recogidos en *Paremia* van en este sentido. Pero este problema oculta otro, aún más importante para mí y que es de tipo antropológico: el de la universalidad de los refranes y su finalidad. En ocasiones se alude a la "filosofía" de los refranes como si se tratara de una evidencia, y se observará que, en este caso, el término "filosofía" siempre aparece en singular. Los refranes en cuestión son evidentemente los "morales" (y, por supuesto, quedan excluidos los refranes prácticos: los que tratan de la meteorología, la agricultura u otros trabajos). Pero hablar de *la* filosofía de los refranes es suponer que estos enunciados aparecen idénticamente en todas las partes del mundo, puesto que es obvio que del polo al ecuador todos los pueblos o etnias tienen sus refranes y, lo que es mejor, que de estos refranes se desprende, en lo esencial, una "filosofía" idéntica, la cual resulta difícil de creer que se haya extendido en todos los casos por relaciones de vecindad e influencias recíprocas. Pero si los refranes son *universales* del lenguaje y si su *filosofía* es unívoca, es evidente que esta singularidad postula, en cierto modo, la existencia de una *naturaleza humana*. Está claro: *la* filosofía de los refranes plantea a la filosofía uno de los problemas más embarazosos: el que, desde hace algunos siglos y, de forma particularmente aguda desde el Siglo de las Luces, divide la modernidad entre los defensores de una naturaleza humana inmutable y los que creen en su perfectibilidad. El entorno cultural en el que escribí mi Tesis Doctoral no me ha permitido desarrollar este aspecto, para mí esencial. Otros investigadores deberían retomar la cuestión y tratar de explicar por qué los refranes han sido calificados con frecuencia "realistas", "materialistas" o "pesimistas".

Paremia.- En la tercera parte de su obra y gracias al refranero, usted ofrece algunas consideraciones sobre la sociedad medieval en la que se desarrollaron estos enunciados sentenciosos, empezando por el rey para llegar a los esclavos, sin olvidarse de prestar una atención especial a los numerosos refranes relativos a la mujer. ¿Cree usted que el refrán puede ayudar a reconstruir esa sociedad?
Louis Combet.- Nunca he pensado que fuera posible reconstruir de verdad una sociedad a través de los refranes. Aparte de que éstos parecen preocuparse poco de la Historia (se encuentra pocos hechos históricos evocados en los refranes), hay que considerar también que los refranes no están fechados y que, incluso si su forma lingüística nos permite tener una idea aproximada de la época en la que aparecieron *escritos*, siempre es posible que se trate de un rejuvenecimiento, de una puesta al día de un refrán anterior. Son éstas, es obvio, condiciones poco propicias para la elaboración de un buen trabajo de historiador. Pero en la época en que escribía mi Tesis, el historicismo reinante producía a veces resultados sorprendentes. Considero que esa parte no es lo mejor de mi libro. De hecho, si la incluí fue por razones coyunturales sobre las que no quiero explayarme ahora.

Paremia.- ¿Se podría hablar hoy día de la muerte del refrán o, al menos, de su decadencia?
Louis Combet.- En mi Tesis no creo haber tratado de la muerte de los refranes, sino más bien de su "desaparición progresiva", de su "decadencia" ¿Cuál es la situación actual de los refranes? Digamos, *grosso modo*, que están en retroceso en todas las regiones en las que la civilización industrial está reemplazando poco a poco a las viejas estructuras agrarias. Hoy, en las naciones industriales, los refranes que aluden a las antiguas técnicas laborales han desaparecido casi completa-

mente: los refranes meteorológicos, por ejemplo, sólo se los cita como curiosidad (los presentadores de los partes meteorológicos en la televisión francesa y española muy a menudo hacen gala de esta práctica). En cambio, en lo que refiere a los refranes "morales", me parece que la situación es bastante diferente: si bien su número se va reduciendo poco a poco, sería inexacto decir, *sin más precisiones*, que han desaparecido o están desapareciendo. Lo que ha desaparecido en la mayoría de los casos es su forma, su expresión tradicional; pues, en lo que concierne al contenido, queda, por las razones que he mencionado, aún bien vivo en la mente individual o colectiva; pero muchas veces su mensaje se expresa en la actualidad con otras fórmulas lingüísticas.

Paremia.- Desde su perspectiva de paremiólogo, ¿cómo ve el futuro de los refranes?
Louis Combet.- Acabo de explicarlo en lo esencial: el futuro de los refranes en su *estructura tradicional* me parece bastante problemático. Lo que me interesa más es observar en qué se han convertido: su *presente*, por decirlo así. La impresión que saco de este examen, es que, desde hace algunos siglos (y sobre todo desde principios del siglo XIX), los refranes populares ceden cada vez más su sitio a los *estereotipos* surgidos de lo que se denomina también clichés, lugares comunes, ideas preconcebidas ("Le type du cliché, c'est le proverbe, immuable et raide" ["El tipo del cliché, es el refrán, inmutable y rígido"], decía ya Rémy de Gourmont) y también, en un nivel de conceptualización más elevado, a las ciencias llamadas humanas, más concretamente la filosofía, la psicosociología, las ciencias de la educación. Pero, en todos estos casos, como lo he indicado, lo que desaparece sin remedio es la forma del enunciado (la prosa reemplaza a las formas rítmicas y rimadas). El contenido persiste.

Paremia.- ¿Considera que otras fórmulas, como el eslogan, están sustituyendo al refrán?
Louis Combet.- Sí y no, según se mire desde el punto de vista del contenido o de la forma. Por su forma (brevedad, elementos fónicos y ritmo, oposiciones, paralelismos), el eslogan está próximo al refrán. Pero no sucede lo mismo si se atiende al contenido. Ciertamente, el eslogan, como el refrán, trata de canalizar o de influir en la conducta de su destinatario; pero el grupo social del que emana tiene límites mucho más precisos que los que corresponden a la *vox populi*. Por otra parte, su finalidad es sensiblemente más clara: a diferencia del refrán, que pretende regir todos los aspectos de la vida social, el eslogan, fruto privilegiado de las sociedades mercantilistas o, a veces, de la clase política (ambos aspectos están relacionados), tiende en general a suscitar en los destinatarios algunas reacciones limitadas: consumir, comprar, votar,... De ahí el hecho de que el eslogan deje de estar de moda muchísimo antes que el refrán (su utilidad desaparece con la finalidad o la situación que lo ha producido). El *contenido* del refrán tiene, si uno se puede permitir esta exageración, la eternidad ante sí.

Paremia.- De 1967 data el diccionario sobre el *Español idiomático. Refranes españoles*, en el que usted agrupa, en torno a palabras clave, más de 2.500 refranes y frases proverbiales, de los cuales unos 500 llevan su correspondencia francesa. ¿Podría explicarnos cuáles son los criterios que deberían tenerse en cuenta para buscar, en otra lengua, la correspondencia de un refrán?
Louis Combet.- El criterio esencial es el de la analogía del significado: se trata ante todo de encontrar, en la lengua B, un enunciado que diga lo mismo que el del refrán de la lengua A. Naturalmente, si las analogías aparecen también en el significante del refrán B, el resultado será aún mejor.

Paremia.- Por último, ¿podría darnos una visión global sobre el refranero castellano?
Louis Combet.- EL refranero español probablemente es el más importante que existe, en número y en calidad. Me limito a constatar esta riqueza y a deplorar el desdén que los refranes inspiran en ciertas personas. Los refranes tienen mucho que enseñarnos y, si bien no todos son igualmente verídicos, algunos dicen *toda* la verdad.